Oración de la maestra

Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe, que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la Belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los momentos.

Señor, hazme largo el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia hacia mi faena, que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que todavía sube de mí, cuando me hieren. Que no me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto, y que te deje en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática algo de lo que se cernía sobre Ti y tu corro de niños descalzos una tarde de Palestina.

Hazme fuerte aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre por añadidura, hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida. ¡Acompáñame, sostenme! Muchas veces no podré tener sino a ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás con todo tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Haz que no busque sino en tu mirada las dulzuras de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad, líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela, que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. Que reprenda con dolor, para saber que he corregido amando.

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llama de mi entusiasmo su aspecto pobre, su sala desnuda y mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde tu imagen de Guido Reni, que enseñar y amar intensamente sobre la tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado quemante de amor.

Gabriela Mistral

Cuestiones de asistencia social

Vigorizar o fortificar la raza o el pueblo, no quiere decir, simplemente, nutrir y acerar sus músculos, templar sus nervios, aumentar el rendimiento útil de su esfuerzo; entra también en el problema, y por modo principal, agilizar y disciplinar el espíritu, educar el corazón para las grandes emociones, para que vibre como las cuerdas de un arpa eólica al paso de la más sútil brisa de amor, de gratitud, de justicia que se filtre, errabunda, por entre el boscaje de nuestras vidas tan lleno de marañas... ...¿Es acaso, un specimen ideal, ese atleta de circo que su empresario cuida como un buen caballo de carrera, para la faena de *ring*? O esotro gañán torpe, membrudo y adiposo que hace perendengues con la bordalesa de su vino a cuestas, sin que jamás le perturben la inquietud de una curiosidad generosa o de un cariño, ni el resquemor de una lágrima?

Fortificaremos el pueblo, si cuidamos amorosamente de proporcionarle alimentos sanos y abundantes, habitación amplia, higiénica y moralizadora; trabajo fecundo, remunerador y alegre, distracciones fáciles, reparadoras y tónicas, al propio tiempo que frecuentes motivos de elevación espiritual en la biblioteca, en el diario y la revista, en el teátro y en oportunidades filantrópicas para que—viendo y haciendo—aprenda, en la gloria y beatitud fruicientes del dar, del «devolver»,—que pregonaba el magnífico *Froment* en el segundo evangelio de Zola—a comprender todo el hondo y trascendental sentido de esa palabra «*solidaridad*», que tantas veces lanzan nuestros labios, hueca, brillante y frágil como la pompa de jabón que con su tubo de caña lanza un niño; menos sinceramente aún, pues, éste envuelve en ella un soplo adorable de su ingenua fantasía, de su ilusión pueril y candorosa, como un mensaje de misterio a misterio...

¿Estamos seguros de que al batir, revibrante y sonoro, el parche de nuestro «amor patriótico», del «sentimiento nacionalista», del «culto a la raza», de la «glorificación de nuestra Historia», adoptamos también los medios conducentes a traducir en eficiencias, la inspiración y el impulso de esas virtudes colectivas? ¿Que en cada hora de nuestras vidas, realizamos la labor necesaria para conservar, honrar, continuar y mejorar la más saneada herencia de nuestros próceres y civilizadores? No es a los peruanos —exclusivamente—a quienes formulo estas interrogantes; es a los hombres de todas las patrias que quieran con lealtad auscultar su propia vida que se los planteo, como me las he planteado a mí mismo y a mis paisanos se las formulé en diversas oportunidades y formas; pues fácil es advertir, a quien lo quiera, que van por el mundo muchas gentes, las cuales en los grandes aniversarios nacionales, en las ceremonias ostentosas y en oportunidades de catequismo político o de otra naturaleza interesada, recién recuerdan con énfasis los deberes patrióticos, pretendiendo adoctrinar al pueblo con las formas de una liturgia huera, verbalista, mientras a la vera de su plenitud satisfecha, van quedando en olvido, desdén, o deshechos, por la puja bárbara de los apetitos, los niños endebles y sin escuela, los obreros cansinos y ahitos de injusticia, las madres burladas y afrentadas; y los ancianos lamentables, que acaso fueron paladines en las cargas épicas, que abrieron picadas en los bosques malsanos, que soportaron penurias en esquifes endebles sobre las crestas bravías, en busca de rutas civilizadoras, y que hoy, en los pórticos de las iglesias, a las salidas de los teatros o estrujados por el trajín en las calles centrales, «Piden con voz dolorida, una limosna por Dios».

¿Y no son, por ventura, factores de patria, esos niños, esos obreros, esas mujeres y esos ancianos? ¿No son, acaso, la Patria misma, toda entera, testimonio glorioso de lo que fué, columna sólida de lo que es, prenda y esperanza de lo que será?

«Concibo y siento la Patria,—dije en un diario limeño, el 25 de mayo—como el solar nativo o el que luego eligió nuestro albedrío para levantar en él, al amparo y responsabilidad de su Historia y sus instituciones, nuestra tienda de lucha y de trabajo; donde éste, por sano, alegre, fecundo y dignificado, sea ley de vida; donde la justicia impere soberana y pacificado

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "